

La crisis de la COVID-19 plantea más preguntas que respuestas

JOSÉ MARÍA GARCÍA ÁLVAREZ-COQUE
CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA APLICADA. UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA

Aún es pronto para valorar el impacto de la crisis sanitaria sobre el sector agroalimentario, y no me quiero referir sólo al español, sino situarme en un marco más general.

Hemos leído opiniones para todos los gustos. Hay quienes sugieren que estamos viviendo un verdadero punto de inflexión que nos hará comprender la necesidad de incorporar un enfoque agroecológico orientado a fortalecer los sistemas productivos locales y a cambiar nuestro modelo de consumo. Otras percepciones son de escepticismo sobre la capacidad productiva de los sistemas locales y en algún caso se destaca que renunciar a la agro-exportación sería poco menos

que un suicidio económico. Sin embargo, los dos puntos de vista no son irreconciliables. Por ejemplo, ambas corrientes de opinión coinciden en la reivindicación del sector agroalimentario como estratégico, de la contribución de agricultores y ganaderos, y de otros agentes del sistema (incluidos transportistas y personal de la industria y el comercio). Están ahí cuando se les necesita en momentos difíciles.

La delicada situación a veces nos invita a ser maximalistas y a dar respuestas contundentes a problemas que son suficientemente complejos. Seguramente nos equivocaremos si caemos en esa tentación, sobre todo



por la incertidumbre sobre cómo será ese mundo post-COVID que ya estamos anhelando.

Por lo pronto, entre tanta confusión, veamos qué hemos ido aprendiendo de las respuestas del sector agroalimentario a la crisis actual.

La primera constatación ha sido la espectacular reacción de los agentes del sistema agroalimentario para evitar que la crisis sanitaria se convirtiera en una crisis alimentaria. Lo pone en evidencia, a nivel internacional, un estudio del panel de expertos para sistemas alimentarios sostenibles IPES FOOD. Organizaciones de agricultura familiar, representantes de la industria, distribución y gobiernos

se están esforzando por acordar reglas para el correcto funcionamiento de las cadenas de suministro. Productores y administraciones locales se están reinventando para buscar nuevas vías de abastecimiento basadas en fórmulas de venta online, distribución a los hogares y prácticas de solidaridad. La ciudadanía tiene muchos motivos para aplaudir a quienes velan por su salud y su seguridad, y el agradecimiento se ha extendido mercedamente a trabajadores y empresas del sector agroalimentario.

Una segunda constatación es el impacto, a veces dramático, que la crisis ha tenido sobre las cadenas de su-

ministro de alimentos, desde las explotaciones hasta el consumidor.

No pocas familias han visto empeorada la calidad de su dieta e incluso sus posibilidades de acceder a una nutrición adecuada por las caídas de ingresos derivadas del desempleo, a pesar de las redes de seguridad existentes o puestas en marcha durante la crisis.

Muchas empresas agroexportadoras han sufrido por la ruptura repentina de sus destinos habituales. Así también, los productores de los sistemas locales han perdido una parte de sus clientes, sobre todo en el sector HORECA, o han tenido dificultades para llegar al mercado, por ejemplo, los de venta al aire libre. Los trabajadores agroalimentarios se han expuesto a los riesgos de contagio, a pesar de haber sido considerados como esenciales y de las medidas adoptadas de protección personal y distanciamiento. La recolección se ha visto en muchos cultivos mermada por escasez de mano de obra, en su mayoría inmigrante, y por las restricciones al transporte de trabajadores.

En una situación de crisis, hemos aprendido acerca de las fortalezas de cooperativas agroalimentarias, empresas transformadoras y comercio al por menor. También descubrimos que el medio rural de baja densidad demográfica es uno de los espacios obvios de la desescalada.

LO LOCAL Y LO GLOBAL

Volvamos al debate con que iniciamos este artículo. Todos los sistemas, tanto locales como agroexportadores se han visto golpeados por la situación. La crisis ha desvelado signos de resiliencia en toda la geografía y podemos felicitarlos de ello. Por ello, algunas controversias resultan legítimas, pero contraproducentes. Una de ellas posicionaría a lo local frente a lo importado. Este debate se supera cuando se matiza el significado del término “local”, pues no debe ni puede ser absoluto. Por ejemplo, no entiendo que censuren consumir té o café por el hecho de provenir de fuera. Afortunadamente, para un valenciano es grato poder consumir naranjas (placer que no me gustaría quitar a los centroeuropeos). Por otro lado,

Todos los sistemas, tanto locales como agroexportadores se han visto golpeados por la situación.

La crisis ha desvelado signos de resiliencia en toda la geografía y podemos felicitarlos de ello.

Por ello, algunas controversias resultan legítimas, pero contraproducentes.

Una de ellas posicionaría a lo local frente a lo importado. Este debate se supera cuando se matiza el significado del término “local”, pues no debe ni puede ser absoluto

deberían internalizarse en los precios los costes de las emisiones relacionadas con el transporte a larga distancia. Debería garantizarse el conocimiento del origen y la calidad de los productos que llegan al mercado, incluyendo el de los procesos empleados.

Otra controversia es la relacionada con el modelo productivo a gran escala o el papel de los nichos territoriales de pequeña escala. Antes de la COVID-19 ya se cuestionaban algunas formas de producción agroindustrial, cuyos puntos débiles son las asimetrías en el reparto de valor y el control de los insumos, los impactos ambientales y de pérdida de la biodiversidad o la transición nutricional con problemas para la salud de una parte creciente de la población. Pero criticar el modelo no significa dejar de reconocer los múltiples esfuerzos en muchas empresas para adaptarse a los nuevos retos.

Tampoco podemos ser ingenuos esperando que los sistemas productivos periurbanos serán capaces de alimentar, por sí solos, a las grandes metrópolis. Pero sí estamos aprendiendo, ya lo hacíamos antes de la crisis, que los productores de proximidad y los agroecológicos aportan elementos que permiten disfrutar cuidándonos, a la vez que reconocemos nuestra cultura y el valor de quien proporciona los alimentos.

Estamos acumulando evidencias para repensar los modos de producción. Un primer paso, y me dirijo a la *intelligentsia* del sector, es el respeto entre paradigmas. Debemos extraer lo mejor de cada mensaje. Todos tienen argumentos legítimos que no se deben defender necesariamente por contraposición a otros, sino sobre todo por sus propias virtudes. Debemos ser humildes. No apostar por cambios radicales, irrealizables a corto plazo, no implica que dejemos de mirar las tendencias y actuar en consecuencia. Los consumidores deben tener acceso a alimentos sanos y suficientes. Paralelamente, cada vez serán más responsables y querrán saber cómo se han obtenido los alimentos, o si para su producción los procesos han sido justos y sostenibles. La comunidad agrícola y los jóvenes que quieren emprender en el sector ya están trabajando para ganar el futuro. ■